murallas de San Sérvolo, atrincherado; y los soldados que aquel dia habian venido de los presidios de Carlo Estadio hicieron salidas contra ellos, tan valerosamente, que habiéndose peleado mucho rato con victoria dudosa, al fin fuéron rotos los venecianos, y degollados los que no huyeron, digo, los que no pudieron huir; y recogiéndose á las naves, que no tenian léjos, desde ellas con la artillería empezaron á defenderse tarde, mal y pocos. Murieron muchos, y entre ellos Fabio Gallo, maestro del campo general; y de los archiducales faltaron seis, y se hallaron trece heridos.

Con esta victoria, lozanos los austriacos, y enfurecidos con la memoria de las injurias pasadas, entraron en el Monte del Falcon, jurisdiccion de Venecia, y á imitacion de sus enemigos asolaron y talaron campos y lugares, hasta tanto que el Archiduque, estudioso de la paz y quietud, mandó que se cesase de la venganza y nadie molestase los venecianos.

Mas ellos, instigados de los sucesos, y avergonzados, con cuatro mil infantes y quinientos caballos entraron en el Condado Goritiense, y tomando dos lugares abiertos y sin presidio, Cormons y Medea, inopinadamente, los fortalecieron de cercas y murallas, y allí hicieron plaza de armas para correrías y robos por todas aquellas aldeas.

Despues, con todo el grueso de su ejército, cercaron á Gradisca (*a*) con baterías de dia, y de noche con minas: con asaltos la procuraron entrar; mas defendida de los austriacos, despues de haber estado sobre ella veinticuatro dias sin olvidar diligencia ni estratagema, y habiendo disparado más de nueve mil cañonazos,—con pérdida de muchos soldados, valiéndose de la noche, se retiraron ignominiosamente á sus alojamientos; y sin poder disimular el menoscabo de sus fuerzas para poder continuar la guerra, inviaron á pedir socorro á los helvecios, y grisones, y holandeses y turcos, pospuesta, no la religion, sino la apariencia de ella, que es lo que solo conservaban.

Y juntamente fomentaron al duque de Saboya para que prosiguiese la guerra que en Italia habia comenzado con el rey Católico; y estando descaecido y postrado, le forzaron con empréstidos y donativos con un disinio mal disimulado y logrado peor, de divertir con aquellas armas la majestad grande de España, para que embarazado con aquella guerra no pudiese con facilidad y á tiempo socorrer á la casa de Austria.

Poco logró el duque de Saboya el verdor destas pagas, y los venecianos la satisfaccion desta zancadilla ni el sabor deste lance; pues estando en Nápoles atento el duque de Osuna al deslucimiento de las armas de Lombardía, al peligro de los archiducales, á la insolencia de la República, desatando este lazo, que á su parecer habian tendido aquellos consejeros, mayores en el número que en el seso, más en la relacion que en la sustancia, y descifrando estos desinios, que recataban con disimulacion tan afectada, — invió á don Pedro, gobernador entónces y capitan general en Milan, tres mil infantes de buena disciplina, dos mil caballos del reino, que con título de general llevó el príncipe de Avelino, y mil corazas que levantó el duque de Matalen. Y asistido el valor tan generoso de don Pedro con socorro tan considerable, y no ménos de la reputacion con que por todos los potentados el duque de Osuna pasó la caballería (mortificando la vanidad heredada que tenian hasta entónces en el oprobio de las armas católicas), brevemente desencantó la asistencia de la Dijera (*b*) y los esfuerzos del Duque, y alentó la nacion postrada, á quien amancillaba, si no la victoria, la tardanza; pues para el duque de Saboya era gloria no competir el triunfo á España, sino entretenérselo; y dar el suceso fué vanidad afecta de los suyos (*c*).

El duque de Osuna acompañó esta accion al mismo tiempo con meter, fuera de toda sospecha y recelo, en el golfo de Venecia veinte galeones poderosos y bien en órden, con que necesitó á los venecianos á retirar los ejércitos de la Histria, para presidio de sus marinas y guarnicion de sus bajeles, y el dinero que daban al duque de Saboya, para armar sus galeazas y galeras: de suerte que con esta facilidad, el duque de Osuna dejó sin enemigos á la casa de Austria, sin pagas á los franceses que servian al duque de Saboya, y con recelos de motin, más peligroso en sus escuadrones que en los del estado de Milan.

Respiraron los archiducales, aclamaron los católicos, suspiraron los saboyanos, y los hugonotes empezaron á apocar el ejército del Duque; y á esto hicieron espaldas valientes los sucesos bien afortunados de Osuna, pues á vista de Gravosa (*d*), con diez y ocho galeones, esperó y rompió toda la armada veneciana, en número de más de ochenta velas; y á tener galeras consigo, se la llevara de remolco á Nápoles; y en Zara, lo que les fué de mayor daño, les tomó las mahonas, y en ellas todas las mercancías de Levante, interes que en el estado presente los enflaqueció de suerte que en Venecia se recelaba saco; y el miedo no disimulaba la prevencion: valia el pan á precio excesivo, introduciase hambre grande, y ni la República sabía qué hacer, ni acababa de creer lo que habia sucedido (*e*). Acudieron á la negociacion con el rey Católico, esforzaron los ruegos, autorizaron las quejas, crecieron las calumnias contra Osuna, y alcanzaron suspension á su necesidad preciosa; y lo que más sentimiento hallaban en su vanidad, era que el duque de Osuna les hubiese forzado á suplicar al rey Felipe III los amparase contra un vasallo suyo (*a*). No le costó poco al Duque el odio que le negoció este suceso, ni la invidia que de toda Italia le mereció este valor, ménos dichosamente ejecutado de la liga del Papa y del rey de Francia y el rey de Bohemia don Ferdinando, y el Emperador. Todo esto he referido para dar luz á los achaques con que venecianos quisieron honestar su cudicia y robos la felicidad de sus traiciones, el rigor de sus insultos, la moderacion de los archiducales, y la justificacion y el valor.

Por estos pasos la República, guiada de su interes, vino (ó en venganza, ó en prosecucion de sus odios, viendo las cosas de Milan en manos de don Pedro de Toledo gloriosas, y en Italia la paz introducida no sin escarmiento) á fomentar nuevas inquietudes en Alemania, levantando á los bohemios con celo de su religion, y al conde palatino del Rin, debajo del pretexto de libertador del imperio, induciéndole á la corona de Bohemia, poniendo sospechas en los herejes con el crecimiento de la casa de Austria, que se hacia patrimonio la eleccion, y que ya los electores eran testigos, no votos, para el Imperio. Asomaban la muerte en estos, y el acabamiento á los calvinistas y luteranos, y todo lo sembraban en los ánimos con escritos y manifiestos comprados; y por medios secretos aguijaban este temor, certificando la ruina con las impresas del rey Cristianísimo; y de paso acordaban la amistad, casamientos y alianza con España: y con esta circunstancia empeñaban mucho la credulidad de los herejes y la violencia de los cudiciosos.

Parecia con estas cosas estar en edad caduca el mundo furioso, sirviendo las armas de los príncipes y los tesoros á la persuasion de los malcontentos; y teniendo todos por inquietud la persuasion veneciana, que de ocasionar estas revoluciones se ha crecido, debiendo á la discordia de todos lo que posee, haciendo de la cizaña ajena propia paz, y patrimonio el descuido de los que se fian de su amistad; pues solicitan la paz con aquellos príncipes que temen, no con otro intento, de inviarles espía con nombre de embajador. Ellos, pues, en este estado tenian los alemanes, y á Bohemia.

El emperador Matías, conociendo manifiesto peligro, y que caminaba con diligencia temerosa la herejía á expeler de Alemania el nombre católico, minando la sucesion á la casa de Austria la envidia; y teniendo por

a destruccion de la salina, pregonó la cabeza del *Proveditor* de Venecia en seis mil ducados, por lo que se vió la República obligada á poner precio á la del gobernador austriaco.

Quevedo, que refiere de opuesto modo el suceso y las causas, merece mayor fe que Siri, quien floreció más adelante.

(*a*) Situada en el Friuli, sobre el Lisonzo. El cerco fué en febrero de 1616, y se encomendó al genoves Pompeo Justiniani.

(*b*) Entiendo que debe decir *Diguiera*, aludiendo al socorro de franceses que con galanos encarecimientos ofreció al duque de Saboya el *mariscal de la Diguiera*, quien no llegó al fin á parecer por el Piamonte.

(*c*) Corresponden estos sucesos al verano de 1617.

(*d*) No léjos de Ragusa, en la Dalmacia, á la lengua del mar; pueblo amenísimo por sus bosques de granados perfectos, limoneros y naranjos.

(*e*) «Hostilidades tan claras (dice Daru en su *Histoire de la république de Venise*) tenian mucho de irregulares, supuesto que miéntras tanto permanecia en aquella ciudad el embajador de España; verdad es (añade) que no era el embajador un ministro de paz.

»Entónces habia en Italia tres españoles que se distinguian por sus enconados odios á la República: eran don Pedro de Toledo, gobernador de Milan; el duque de Osuna, virey de Nápoles, y el marqués de Bedmar, don Alfonso de la Cueva, embajador en Venecia, enemigo todavía más terrible por su actividad y despejo (1).»

Los historiadores aficionados siempre á sus héroes, no pueden ser justos con sus adversarios, mucho ménos cuando la fortuna se pone de parte del valor y de la inteligencia.

Llenos de vergüenza y despecho los venecianos humillados por las hazañas de Osuna, forjaron la supuesta *conjuracion de* 1618: expediente que sugirió su gran maquiavelismo á fin de hacer ante toda Europa odioso el nombre español; y la falta de arrojo y de valor supliéronla, como buenos mercaderes, con la astucia, con la calumnia y con la intriga.

(1) Despues de la ruidosa conjuracion de 1618 se retiró á Valtí, gobernó á Flandes, y fué cardenal en 1622.

(*a*) Nuestros lectores no verán con disgusto los siguientes despachos, que originales posee la Biblioteca Nacional, dirigidos por Osuna á su primo el cardenal don Gaspar de Borja, de la casa de Candía, quien era residente á la sazon en Roma, y despues reemplazó al Duque en el gobierno de Nápoles.

«Ilustrísimo y reverendísimo señor: Su majestad me manda expresamente restituya la ropa que hay aquí de la presa de venecianos, sin embargo de lo que he representado de tener ellos doscientos vasallos suyos al remo, y la reputacion que se pierde de que no restituyan primero. Y así estoy resuelto de ejecutarlo sin esperar otra órden, pues yo he cumplido con mi obligacion, y quien viene á perder es solo su majestad; y así suplico á usía ilustrísima ajuste ahí con el embajador de Venecia envie luego aviso á quién se ha de entregar todo ello, para que se ejecute de la misma manera que entró en Castelnovo; y las mahonas, con estar hechas pedazos, por estar tiradas en tierra, y ser la una dellas muy vieja, se aderezan á mucha prisa, y se echarán á la mar con toda brevedad. De forma que por lo que toca á mí, desde agora queda á punto y muy dispuesto para cumplir lo que su majestad manda: con que despacho este correo en diligencia yente y viniente á usía ilustrísima, que guarde nuestro Señor muchos años. De Nápoles, á 2 de abril 1619.— Ilustrísimo y reverendísimo señor.— Besa á usía ilustrísima las manos su primo y servidor, *el duque de Osuna*.— Señor cardenal Borja.»

«Ilustrísimo y reverendísimo señor: He recibido la carta de usía ilustrísima, de 30 del pasado, con aviso de lo tratado con el embajador de Venecia cerca las restituciones; y es así, como dice, que en esta ciudad se ha vendido públicamente ropa de venecianos, así de la que saquearon los generales y soldados en las mahonas en el discurso de más de dos meses de tiempo que estuvieron en poder dellos, como la que trujo el capitan Pedro Julian, frances, que cargó en Venecia un bajel de quinientas toneladas para Levante, con muchas mercancías, y se vino con ellas á este reino, con pretexto que era suyo, sin que de parte de la República se me pidiese nada contra él, y aunque me quiso vender el bajel por un precio moderado, no se lo quise comprar, por huir de ruidos. Y aquí hay un platero, que se llama Estarache, y se halló en Mesina cuando llegó allí don Pedro de Leiva con la presa, que dice que le llamó don Pedro, y le mostró un saquillo de diamantes para que los preciase, y halló que importaban más de cien mil ducados. Demas de la memoria que envié á usía ilustrísima, de lo que habian de restituir venecianos, remito á usía ilustrísima esos memoriales, que me han dado de parte de la casa santa de la Anunciada desta ciudad y el príncipe de la Rochela, que viene á importar cien mil ducados, para que les haga pagar de la ropa de venecianos. Y tambien he tenido esas cartas de su majestad, en que me manda satisfaga lo que usía ilustrísima verá por ellas; pero de ninguna manera quiero tratar de retenelles nada desto por excusar dilaciones y estorbos, sino que reciban esta ropa, y que la vea el residente de aquí, como se lo he dicho, dándoles en todo y por todo entera satisfaccion, y que si les pareciere les falta algo, se hagan pago de lo que tienen en su poder. Las mahonas están aderezadas, y por no haber á quien entregarlas, no se echan á la mar. Hame caido en gracia la nueva pretension con que usía ilustrísima me escribe salen, de que se prendan los uscuoques que llegaron á las marinas de Pulla con una presa de turcos y judíos, y se les restituya la ropa. Lo que en esto pasa es, como usía ilustrísima verá por esa relacion y informaciones, que estos uscuoques ganaron en buena guerra este bajel, sin que hubiese en él un maravedí de venecianos, y que con sus pasaportes vinieron á este reino, y dispusieron de todo lo que traian muy despacio, sin que de parte de venecianos, ni de su residente, se me hubiese hecho instancia ninguna contra ellos, ni impidiesen su ida al salir deste reino; pero, al fin, señor, el caso es que han conocido el tiempo, y van buscando estas invenciones para que no lleguen á efecto estas restituciones, por sus fines particulares.

La nave Roja se perdió en la bahía de Brindis con temporales, y así no tienen que pedir por esta razon. Suplico á usía ilustrísima procure con su prudencia y talento ponerlos en ella, y acabar de una vez con sus dificultades; porque, como digo, deseo en gran manera verme fuera de esto, especialmente habiendo de ser mi partida al tiempo que he escrito á usía ilustrísima, cuya ilustrísima y reverendísima persona guarde nuestro Señor, como deseo. De Nápoles, á 8 de junio de 1619.— Besá á usía ilustrísima las manos su primo y servidor, *el duque de Osuna*.— Señor cardenal de Borja.»

Memoria de lo que han de restituir venecianos.

El bajel que tomaron cargado de sal.

Los bajeles que han tomado de trigos desta ciudad.

Los bajeles de particulares que han cargado en este reino, y los han tomado en el golfo.

Otro bajel de raguseos, que hicieron dar al traves en la torre de Sant Cataldo, y le tomaron la artillería.

El capitan Valentin, y los marineros y soldados que tienen prisioneros.

Y ellos han de pedir lo que de acá se les ha de restituir.

«Ilustrísimo y reverendísimo señor: Usía ilustrísima verá lo que venecianos han hecho en el golfo; no sé qué nueva causa tengan, ni cuál accidente haya habido, sino es haber dado sus galeras caza á una galeota de turcos que dió en tierra, huyendo de su armada debajo del castillo de Biesti, y los esclavos se recogieron por los naturales deste reino, como se ha hecho otras veces. Pero anteviendo cuán aparentes ocasiones busca esta gente, llamé al residente, y le ofrecí galeota y esclavos, y todo cuanto

cierto que pasando desta vida, cosa á su salud muy de temer, estos disinios se lograrian ó por lo ménos serían incendio de tantas provincias, — adelantando la providencia al suceso, consultado con Dios primero y luego con los príncipes católicos, juntó dieta en Praga, primera ciudad de Bohemia, del serenísimo Archiduque. Mas tan ejecutivo fué el odio de los bohemios, la inobediencia tan puntual, que luego que su majestad y el César salieron de la ciudad, los herejes les acompañaron las espaldas con ruido y tumultos, dividiéndose en corrillos sediciosos; y sin entretenerse en respeto ó temor, se entraron en el castillo de Praga con orgullo que disimuló poco su intencion, desarrebozando el achaque de su propuesta, que fué pedir á los gobernadores católicos que dejaron sus majestades, les confirmasen y concediesen exenciones y privilegios de tal condicion, que si lo hacian, eran cómplices con ellos en la traicion; si lo negaban, se descubrian á su saña. Algunos á persuasion del peligro firmaron lo que dictaba la demasía de los herejes; otros, esforzados y despreciando su riesgo, con severa reprension les negaron lo que pedian: estos, arrebatados de su violencia, fuéron á raiz de su celo y de su verdad arrojados por las ventanas del castillo; y quisieron más que los despeñasen los herejes, que despeñarse con ellos. Cayeron con lástima de los que se salvaron desta violencia en su afrenta y miedo. Apadrinados de los méritos de su virtud, cayeron de suerte, que se logró el ademan, no el golpe; pues siendo con manifiesto peligro de la vida, ninguno padeció, acreditando esta maravilla los que pretendió la tiranía despedazar.

Luego eligieron directores, llamaron á cortes los demas estados, con protestacion de tratar solo conveniencias de sus privilegios. Mas impacientes aun de durar en esta disimulacion y pretexto, empezaron á perseguir los católicos por todas partes descubiertamente; empezaron á asegurarse expeliendo los jesuitas, privaron de oficios y cargos á los ministros católicos y á los leales, degollaron muchos sacerdotes, constituyéronse herederos de los bienes eclesiásticos; y con este despojo acaudillaron gente, y negociaron séquito, despachando embajadores á Holanda y todos los príncipes favorecedores de su seta y enemigos de la casa de Austria.

Tomaron luego á Pilsen con todo su distrito, ciudad católica, porque no quiso unirse con ellos. El Emperador trató de quietar los ánimos, de perdonarlos, y mas: con desprecio no acetaron la piedad del César.

Murió el emperador Matías (*a*), y consecutivamente

pidiese, con no haberse hecho jamas y ser contra las órdenes de su majestad; á que me respondió sería avisada su república. Doy cuenta dello á usía ilustrísima y del esfuerzo que hacen de bajeles. Yo querría acabar ya de entregar esta ropa: suplico á usía ilustrísima se dé fin á esto. Dios guarde la ilustrísima y reverendísima persona de usía ilustrísima muchos años. Nápoles 30 de junio 1619. —Ilustrísimo y reverendísimo señor.—Besa á usía ilustrísima las manos su primo y servidor, *el duque de Osuna*. —Señor cardenal de Borja.»

Copia de carta al rey Felipe III.

Señor: Que con la sangre caliente soldados y marineros saqueen una presa, siempre se ha hecho, y con alguna desórden (que no todo se puede remediar); pero que á sangre fria despues de habella tomado se saquee veinte dias, no me parece justo, y mucho ménos que esto lo hagan y manden hacello las cabezas que gobiernan. Desto dicen tanto los soldados y marineros que han venido de Messina, que asiguran pasa la desórden de ducientos mil ducados en dinero y en mercancías. El virey de Sicilia sabrá hacer en esto las demostraciones que vuestra majestad le mandare, y yo las que aquí juzgare más á propósito, aunque por mas siguro tendria viniese á este efecto persona particular de España. Mostraria vuestra majestad su gran justificacion, y veria el mundo que á los estandartes de vuestra majestad les ha de ser accesorio las presas de mercancía, y lo principal bajeles de guerra. Y no se podrá dicir que vuestra majestad permite estas desórdenes, ni que el conde de Castro y yo amparamos nuestros generales de escuadras, pues el que viniere á esta inquisicion lo tocará todo con las manos, y vuestra majestad será servido sin sospechas, y nosótros libres de calumnia, y servirá de ejemplo para adelante. Júzgolo tambien por forzoso, pues si vuestra majestad se ha de quedar con esta presa, bien hay para que sea menester, y en buena ocasion se ha hecho, y los soldados se contentarán con una justa parte; y si vuestra majestad ha de hacer gracia della á venecianos, no es justo que ponga de su real Hacienda ducientos mil ducados y que vuestra majestad restituya lo que otros hurtan: ordenará vuestra majestad lo que más convenga á su real servicio. A don Luis Bravo tengo por muy buen caballero, y que si para este efecto y ver estas escuadras de Italia pudiese dar una vuelta, no sería vuestra majestad deservido, pues aunque á él no le hago buena obra, vuestra majestad sabrá por mil caminos honrarle y hacerle merced. Dios guarde á vuestra majestad, etc.

«Ilustrísimo y reverendísimo señor: Acabo de recibir la carta de usía ilustrísima de 5 con el duplicado de la de 4, y es muy conforme á quien usía ilustrísima es, el valor con que procura ajustar á venecianos á que reciban esta ropa y bajeles en conformidad de lo acordado por su majestad, de que deseo verme fuera por muchas razones, y particularmente porque no tengan ocasion de inventar contra mí, en razon desto, más embustes. Ya he dicho á usía ilustrísima que es así que en esta ciudad se ha vendido públicamente mucha ropa desta presa, pues fué saqueada más de dos meses continuadamente de los generales, capitanes y demas gente desta escuadra y de la de Sicilia, y hay pocas casas en Nápoles que no se hayan vestido della, comprándola desta gente; y como usía ilustrísima ha visto, escribí á su majestad, viendo lo que pasaba, enviase á don Luis Bravo para la averiguacion desta desórden, y castigo de los culpados. Demas desto ha venido asimismo á esta ciudad mucha ropa de venecianos de la presa que hicieron los uscuoques, llevándola á Constantinopla turcos y judíos, y la que trujo el capitan Julian en su galeon que cargó en Venecia, que pasaba de cient mil ducados, y él se levantó con ella con pretexto de los agravios que habia recebido dellos, y otra presa que trujo el capitan Rolan, hecha entre Alejandría y Constantinopla, con que satisfago á lo que dice de que aquí se ha vendido ropa de venecianos.

La artillería de las mahonas fué poquísima; y por estar cerrado el paso de Trieste á este reino vino á faltar el metal de cobre, y fué necesario fundilla para que se acabara de poner en defensa el galeon capitana; pero si no se les pudiere volver en especie, se les pagará en dinero lo que importare, pues hay aquí memoria de la que era.

Las mahonas estarán dentro de tres dias en la mar, y la una dellas mañana; y en poniéndolas á punto, se hará la diligencia que usía ilustrísima manda, y se enviará fee dello á usía ilustrísima para que ponga en ejecucion lo que ha resuelto; y de la prudencia y cuidado de usía ilustrísima espero que acabará esto con el decoro que importa al servicio de su majestad. Dios guarde la ilustrísima y reverendísima persona de usía ilustrísima, como deseo. De Nápoles, á 9 de julio de 1619.—Ilustrísimo y reverendísimo señor.—Besa á usía ilustrísima las manos su primo y servidor, *el duque de Osuna*.»

«Ilustrísimo y reverendísimo señor: He recibido la carta de usía ilustrísima de 20 de este, cerca de la ropa que hay aquí de venecianos; y lo que puedo responder á usía ilustrísima es que tambien he tenido carta de su majestad, en que me ordena que la haga entregar en esta ciudad á la persona que nombrare usía ilustrísima, para que por mano de ella la reciba el residente, y que en enviándola, ó señalándola aquí usía ilustrísima, mandaré que al mismo punto se haga la dicha entrega en conformidad de lo que su majestad me escribe: y no será para mí el peor dia; porque prometo á usía ilustrísima que no veo la hora de salir desto por todo lo que usía ilustrísima representa. Nuestro Señor guarde la ilustrísima y reverendísima persona de usía ilustrísima, como deseo. De Nápoles á 26 de diciembre 1619.—Ilustrísimo y reverendísimo señor.—Besa á usía ilustrísima las manos su primo y servidor, *el duque de Osuna*.—Señor cardenal Borja y Velasco.

(*a*) A 20 dias de marzo de 1619. Careciendo de sucesion, trató de que recayese el imperio, no en ninguno de sus hermanos el conde de Flándes Alberto (casado con la infanta Isabel Clara Eugenia, hija del rey de España Felipe II) ni Maximiliano archiduque de Austria, sino en su primo carnal el archiduque Ferdinando, hermano de Margarita de Austria, mujer de Felipe III. Con este fin hízole Matías jurar rey de Bohemia en 7 de junio de 1617, y de Hungría en el año siguiente.

(*a*) Cárlos de Longueval.

(*b*) Famoso hereje calvinista, de quien se cuenta que no siendo más de un mediano caballero, supo hacerse tiranamente dueño y señor de Transilvania, desheredando y haciendo morir al príncipe Gabriel.

(*c*) El arzobispo Juan Suicar.

(*d*) A 20 de julio de 1619.

negaron la obediencia al rey don Ferdinando, su señor natural; y con ejército pasaron en Moravia, y á los de Silesia y Lusacia obligaron á su séquito, y en la Austria mayor redujeron la mayor parte: y sin detencion pasaron á cercar en Viena, cabeza de la Austria superior, á su rey don Ferdinando, que por falta de fuerzas y de fidelidad fué apremiado á valerse del Papa y del rey Católico y rey de Francia, donde querian introducir diversion con levantar los hugonotes.

Acudieron todos los príncipes, y procuraron que sus fuerzas, al nacer esta sedicion, se hallasen prevenidas. El archiduque Alberto invió diez mil infantes y dos mil caballos, que juntos con la caballería húngara y otras tropas de soldados, llegaban á veinte y cinco mil.

El conde Bucuoy (*a*), general del Emperador, se arrojó en Bohemia, talando con sus correrías hasta Praga.

Los húngaros asistieron al robo y despojo; mas ninguna molestia los retiró de su presupuesto.

No era su disinio el que publicaban, y parecia de más alto orígen: derribado se dilataba.

Raiz de todo esto era la ambicion del conde Palatino, que (con el abrigo del serenísimo rey de Inglaterra y de la correspondencia con Bethlehem Gabor (*b*), con quien en la seta de Calvino convenia), habiéndose hecho príncipe de Transilvania, vendiendo al turco la libertad y dándole las dos mayores fortalezas, y como espíritu vendible inducido de la esperanza que el Palatino le facilitó del reino de Hungría, le asistia al robo de la corona de Bohemia.

Viendo el elector de Moguncia (*c*) preñez tan llena de amenazas como de sucesos, y tan crecida á los principios la discordia, por prevenir el aumento de estos odios, que se fomentaban poderosamente con asistencia de muchos príncipes, intimó dieta en Francaforte. Vinieron los electores eclesiásticos en persona, y los seglares inviaron comisarios; y conformándose, fuéron á visitar al rey don Ferdinando, reconociéronle por ligítimo y verdadero rey de Bohemia, y diéronle el asiento de su corona. Y despues de vencidas muchas contradiciones (no acalladas, como se vió presto), fué electo (*d*) por rey y emperador de Romanos, dejando burladas las diligencias que con secreto y con efecto hacia el embajador del rey de Inglaterra y otros príncipes por el conde Palatino.

Selló esta noticia el Emperador con tanto secreto, aun en el semblante, que no diferenció el agradecimiento entre los amigos y los contrarios, sin dejarlos duda para fundar recelos partícipes de tales tumultos.

Luego trató de perdonar á los bohemios y sosegarlos, restituyéndolos á su gracia, diligencia tan piadosa cuanto mal lograda. Y conocióse aquí cuánto más peligrosa es en los reyes la clemencia con los traidores, que sus armas y sus odios; pues el ánimo vil se alienta con la piedad que desprecia, y se desmaya con el castigo que huye; y aquel rey es tirano contra sí, que perdona al que desprecia su bondad.

El conde Palatino, que vió el estado que tenia el Imperio, y que su ambicion no podia respirar con otro abrigo que el de los herejes, y por esto enemigos de la casa de Austria, despues de haberles escrito con la elocuencia que sabe persuadir á los ánimos insolentes la libertad prometida, juntando los movedores destas inquietudes más por su mala intencion que por su autoridad, los habló desta manera:

«A las palabras de mi razonamiento, que encaminaron mi utilidad, oh bohemios, os ruego que las deis castigo y no atencion: tan desnudo vengo de interes, y tan celoso del bien comun y paz universal. Oidme como á procurador de la libertad del sacro Imperio, como á voz de la posteridad vuestra: grito soy de nuestra religion perseguida. En el postrero peligro no os acuerdo de vuestro valor y obligaciones, diligencia excusada con los que nunca lo olvidaron ni consintieron que alguna nacion se desentendiese dello. A proponeros vengo, no á persuadiros; que la razon de la propuesta me ahorra las palabras. La dignidad cesárea y la majestad sacrosanta del Imperio, en quien consiste la moderacion de los príncipes y el arbitrio del mundo, se transfirió en Alemania (habiendo peregrinado la silla de Roma y la de Oriente) donde hasta hoy descansó, siempre agradecida al acogimiento que le habeis hecho. Introdújose por eleccion y votos: hoy se hace vínculo y herencia. Dábamosla los electores al benemérito; hipotécala la sucesion al dichoso. Es parto el Imperio, no arbitrio. El inconveniente se deja conocer, pues entónces se estudiaba el acierto, promovia la Providencia lo que con descuido da ya el acaso, precedia á la corona la aprobacion; y ya basta la dicha. Y los que éramos por vuestra autoridad electores, somos testigos.

»Y no es esto lo que se debe considerar: solo el descrédito de la dignidad, en la estimacion de los demas príncipes y reyes, pues en quien veneraban por la eleccion los méritos, invidian con desprecio la dicha, desprecian con peligro la grandeza. Ni alcanzo la razon por que la casa de Austria, esclarecida y serenísima, desconfia de tener el imperio por eleccion, que le asegura, pervirtiendo el órden primitivo observado hasta agora, y quiere que sea beneficio de la naturaleza, y no premio de la propia virtud. Sola una cosa puede inducir desconfianza en su ánimo (dejo la novedad y los quejosos), y esta bien sé que la alcanzais vosotros, tanto mejor cuanto más la padeceis: en todo os la quiero referir, porque conozcais cuán atento ha tenido el ánimo y cuán desvelada la advertencia en las cosas que os pueden ser ofensivas. No han podido ignorar, los que van introduciendo este vínculo del Imperio en la casa de Austria, los inconvenientes tan sensibles y molestos que se les siguen á los alemanes, de que el rey de España sea emperador disimulado, y que por tercera persona domine, contentándose el emperador con llamarse el César, y el rey de España no con ménos que con el cetro absoluto y soberano. El hace el emperador entre nosotros: con un sostituto nos entretiene; y la majestad de Alemania tan reverenciada, la nobleza á quien todos ceden, el poder invocado de las naciones, el número incomparable

secretamente sirve al arbitrio de los españoles; y los que por vuestro poder cada hora veis mendigos, los príncipes de Europa, sois parte esclava de la monarquía; y lo que más debeis sentir y temer, la religion en riesgo manifiesto, y el postrero, acosada por Francia y combatida por Holanda, y en Inglaterra con sospecha de persecucion.

»¿Cuál de vosotros ha esperado mi determinacion para saber esto, que tan aprisa nos va desarrebozando la ruina? Yo, amigos, solo he repetido vuestras imaginaciones y descerrajado vuestro silencio. No os incito á tomar las armas; que á esa diligencia se me adelantó vuestro cuidado y coraje, que os puso en campaña; ni dudo que proseguiréis por la honra y por la vida lo que empezasteis por la libertad, pues sola una cosa, y peor que el ser traidor, es no saberlo ser; y el traidor que lo acaba de ser con dicha, empieza á ser leal; y el suceso siempre calificó los disinios, y el vencido es el que no tiene razon, ni disculpa, ni consuelo, pues nunca hubo historia desacreditada. Cuando empezasteis estas defensas, convino mirar el fin dellas; mas hoy empezadas, no se ha de mirar sino el modo de darlas fin. Yo, como vuestro amigo, os busco en la adversidad: padecer quiero con vosotros, no mandar. Soldado me ofrezco á vuestras campañas, con tantos reyes por parientes, tantos príncipes por amigos, tantas repúblicas por confederadas. Y en tanto que hago esto, no aventuro mis estados, ántes los logro en el mayor peligro de perderlos, por gente que sabe estimar en más la libertad que la vida. Aquí teneis, no mi consejo, sino mi persona; no mi autoridad, sino mi obediencia.»

Con tanta maña supo disimular pretension y mezclar los ruegos y las amenazas, que disfrazando su cudicia les equivocó la ambicion con la humildad; y enternecidos, con agradecimiento orgulloso y aclamacion popular le coronaron por rey de Bohemia.

El Conde aceptó la corona como que cedia al ímpetu, mortificando su modestia, y procuró mostrarse pretendido, no pretensor.

Y por asegurar más sus principios con los húngaros y transilvanos, intentó divertir la casa de Austria, empezando por Hungría, donde con cuarenta mil hombres, asistido de turcos y tártaros, martirizó católicos, profanó templos, y hizo otros sacrilegios que le atesoraron los castigos de Dios que padece. No pudo el ejército imperial amparar la Austria menor destas invasiones, y retiróse de Bohemia para socorrer á Bohemia.

El rey de Polonia, viendo á su cuñado padecer el desacato destas traiciones, permitió que los fieles de Hungría juntasen gente; y en pocos dias la venganza fué tan solícita, que obligaron á los húngaros rebeldes y transilvanos, que andaban derramados por la Austria, á desampararla y volverse á la defensa de sus casas y posesiones.

Despues de muchos encuentros, enflaquecida la esperanza que los bohemios tenian de pasar á Viena por ser hibierno, se retiraron, sentando treguas con el transilvano y húngaros hasta San Miguel del año 1620, y que en el ínterin se tratase de la paz y satisfaccion de todos.

El conde Palatino, empeñado el crédito en la majestad usurpada, con asistencia prolija irritó de nuevo los ánimos, y escribió á diferentes príncipes: á unos pedia con sumision, á otros obligaba con conveniencias, á otros espiaba con razones equívocas; y era cláusula comun de todas las cartas, decir que la corona que Dios le habia dado la sustentaria si le favoreciesen: que como á Dios le levantó la dádiva, desconfió de su socorro para la conservacion.

Juntó dieta como cabeza de las ciudades de Alemania y de los protestantes, y fué tal la union, que lo mejor que tuvo, digo lo solamente bueno, fué la discordia. Y como los ménos eran los calvinistas, seta de que es príncipe el Palatino, no pudieron reducir á su disinio los demas, que no quisieron contribuir para semejante pretension, y muchos se declararon neutrales, como los duques de Holstein, de Brunswic y Luneburg, el langrave de Darmstat. El rey de Dinamarca, con ser tio de la mujer del Palatino, y el de Inglaterra su suegro, se retiraron de su asistencia; y el elector de Sajonia siempre tuvo por sospechosa esta union, y viendo la osadía de los rebeldes, se declaró por el Emperador, que molestado de las armas y solicitud del Palatino, escribió á Italia, Francia, y España y Flándes.

El rey Cristianísimo escribió al Conde elector desistiese de su inobediencia y depusiese las armas; donde no, que con las suyas le advertiria de su voluntad y la justificacion de su propuesta, con todo rigor; y á los holandeses intimó que no se mezclasen con los amotinados al Imperio, ni secretamente fomentasen los odios contra la casa de Austria. Don Felipe III razonó con los socorros y intercedió con las armas, inviando por mano del duque de Osuna dineros y gente, que bastó á restaurar en Italia lo perdido y en Alemania lo aventurado; pues en un tiempo socorria á Milan y al Emperador. Enflaqueciendo al duque de Saboya el campo con atraer á sí los franceses, que eran el mayor número y su mejor parte, y con alojarlos en Nápoles, desamarteló de las lises á muchos que las deseaban; y se valió de los franceses para contra ellos, y los desacreditó con acercarlos, y los malquistó con favorecerlos, por ser gente en la relacion bizarra, en el hospedaje molesta, en el dominio licenciosa, en el trato desigual, y de todo esto se acordaron en un año, habiéndolo olvidado en ciento: tal prisa se dan á desengraciar de sí propios á los otros. El Papa alentó estos esfuerzos con gracias y concesiones, y á todos los católicos; de manera que el Emperador se halló con ciento y veinte mil hombres de paga: y no le era inferior el Palatino, que luego que aceptó la corona de Bohemia, por acreditar su séquito y asegurarse contra Dios (extraño delirio), no solo profanó los templos, mas en la iglesia catedral de Praga derribó las capillas, rompió las imágenes, pisó los cálices, quemó las reliquias y desenterró los cuerpos santos, y los justiciaba con grande error de los ciudadanos, que en su sacrílega desenvoltura conocian su castigo. ¿A qué no se atreve el deseo de mandar? ¿Qué perdona el ambicioso, pues ni reserva los muertos, ni á Dios le reverencia? Todos quieren más tomar la corona que esperarla, y la comodidad de hurtar la anteponen á la prolijidad de merecerla; que en los reinos la posesion es derecho del robo y justificacion del delito; y tanto es uno traidor, cuanto está en duda el suceso de su alevosía, que ejecutado felizmente, los gravámenes son disculpas. Este discurso estaba tan apoderado del Palatino, que escribiéndole el año de 1620, juntos todos los electores, desistiese destas pretensiones descaminadas, poniéndole en consideracion que

disinios semejantes no eran para quien aventuraba más que pretendia; y que eran arrojamientos propios de aquellos que no pudiendo ser ménos, arriesgando una vida que se logra en la perdicion, dándoles calidad el castigo, se adelantan en la memoria de las gentes, y por lo ménos, siendo escarmiento, tienen lugar en las historias; y advertiéndole de paso que todos, si perseveraba, asistirian al Emperador y á la causa pública, —á esto respondia con nuevos acometimientos y sacos.

Opúsose poderosamente al Palatino y á su teniente el marqués de Antzpach, el duque de Baviera, como general de la liga católica. Encaminó sus fuerzas á la parte del Danubio, donde el Marqués estaba alojado y bien fortalecido; y cuando la disposicion de los alojamientos apresuraba por horas la batalla, llegaron á rumiar estos rumores, en nombre del rey Cristianísimo, el duque de Angulema y Mos de Bethuna y otros señores; y conviniéronlos en algunas diferencias, de suerte que se retiraron, no comprendiéndose en estas paces el rey Católico ni el archiduque Alberto.

El duque de Baviera, desembarazado del Marques, se encaminó con treinta mil soldados á la Austria superior, y despues de haber precedido requerimientos de amigo, burló sus confianzas, y sojuzgó por fuerza de armas toda la provincia en catorce dias.

El marques Espínola, por el mes de agosto del año de 1620, dejando en los estados de Flándres buena órden (la parte de Frisia á cargo del marqués de Verveder don Luis de Velasco, y la de Flándres á don Iñigo de Borja), en Coblenza, tierra del arzobispado de Tréveris hizo muestra de veinte y dos mil infantes y cuatro mil caballos. Tomó el camino para Francaforte, por divertir á los protestantes, que desvelados atendian á su defensa. Mas el Marqués se arrojó en el Palatinado, por donde ménos temieron, y ganó la mayor y mejor parte dél, sin que lo pudiese estorbar el socorro que de holandeses trujo el príncipe Enrico de Nasao. Viendo los duques de Baviera y Sajonia cuán á peligro estaban las cosas del Imperio, y cuán fatigada Alemania, y que convenia aguijar el remedio y adelantar la prevencion y el castigo, á la primavera del año de 1621 (por cuanto avisaban de Constantinopla que el Gran Señor vendria por aquel tiempo en favor del Palatino, para divertir al rey de Polonia, metiendo en sus tierras por la Moldavia y Valaquia turcos y tártaros, de suerte que inundado de su multitud no pudiese asistir al Emperador), —el duque de Sajonia, con quince mil infantes, entró por la Lusacia, y tomó en ella la ciudad de Bautzen.

El conde Dampierre asistió á la defensa de la Austria inferior, contra las invasiones y robos que contra silvanos, húngaros, turcos y tártaros hacia Bethlehem Gabor: murió dando fuego á un petardo. Sintió su muerte con gran demostracion su gente: vengóla con no menor valor el coronel Preyner, que le sucedió en todo.

El duque de Baviera y el conde de Bucuoy se entraron por la Bohemia, y socorridos con diez mil infantes de los de los obispos de Bamberga, Herbípolis, y otros señores del Imperio, se juntaron con don Baltasar de Marradas, caballero valenciano de la órden de San Juan, que, solo, mantuvo por el Emperador en Bohemia la ciudad de Budweiss; y ganando muchas villas y ciudades, con pérdida de mucha gente del enemigo, llegaron campeando á la ciudad de Pílsen, que por ser toda de católicos deseaba el Duque ganarla, sin pérdida de los vecinos, dificultándolo cinco mil herejes que de socorro la fortalecian.

El Conde palatino, rey prestado de Bohemia, sintiendo los pasos peligrosos con que se le arrimaba la liga católica, salió de Praga á su campo con el mayor poder que pudo juntar de Bohemia y sus confederados. Díjoles:

«Empezar esta guerra fué osadía y voluntaria determinacion; proseguirla es fuerza y valor, debido á la libertad, por quien los peligros tienen mejor nombre y la muerte mejor cara. La causa es tal, que los hijos de los vencidos os agradecerán la victoria y os perdonarán su sangre. No temo vencimiento ni pérdida; que la fortuna nunca aborreció á los valientes, y siempre se rie con los que la arrebatan las monarquías; ni querrá ser partícipe en delito tan grande, ni se atreverá á padecer quejas justificadas. La corona que vosotros me disteis, defendeis; y yo, por mostraros mi amor, acepté en ella más peligro que grandeza. La invidia nos contradice en mis iguales; y en los que no lo son, la ignorancia de no ver cuán ventajosa cosa es ser súbditos de emperador que hicieron, más que del que, apénas naciendo, reconoce á la naturaleza la sucesion. Alienta al duque de Baviera mi despojo, para crecerse con la parte que de mi estado le es de más importancia; y aunque de léjos mira á la voz de elector, con atencion asistida de todos los católicos, el rey de España aun halla en mis estados algo que por la vecindad de Flándres le puede ser de precio de cudicia. Ha sido mi determinacion para todos á propósito: les ha venido nuestra resolucion á sus deseos. Lo que conviene es, oh bohemios, prevenirlos como á invidiosos, temerlos como á interesados, y acometerlos como á enemigos. Hagan alto á su vista nuestras banderas, porque se diviertan del cerco del Pílsen; y despues, retirándonos á Praga, le entretendrémos al enemigo, que si toma buena resolucion, ha de ir á apoderarse della. Y la prudencia militar, anticipada á los subcesos, no ha de dudar en los contrarios lo posible, ni presumir ignorancia, de que despues el suceso le desengañe. Lo que él debe hacer se ha de prevenir; que las más veces los confiados padecen lo que desprecian.»

Todos, aclamándole por rey y señor con voces y señas encarecidas, aprobaron su desinio con extrañas demostraciones, encarecimientos mañosos de la lisonja desesperada, para deslumbrarle los recelos que en su razonamiento se habian asomado, con poco recato en sus proposiciones.

Movieron sus escuadrones sobre Pílsen, y obligaron á los de la liga á levantar el sitio; y en esto condescendió la suerte con lo que el Palatino habia destinado: y en seguimiento de su retirada á Praga, el duque de Baviera le acompañó con tal diligencia los pasos, cargándole la retaguardia no sin daño, que llegando legua y media de la ciudad, en un parque le obligó á fortificarse. Atrincheróse y puso bien en órden la artillería; y los imperiales, á su vista, despreciando no pocas dificultades, con riesgo manifiesto trataron de darle la batalla. Hubo diferentes tratados en el ejército; mas el Duque, por divertir las pláticas diferentes, siempre peligrosas en la campaña, los juntó y habló en esta manera:

«Tan religiosa como solícita se ha mostrado la fortuna en acercarnos al ejército enemigo, y poneros cas-

tigo de Dios, arrimados á los delitos contra su Iglesia. Parte quiere tener en la vitoria que nos facilita la verdad, que nos promete el valor, y nos asegura el celo. El Dios de los ejércitos es el que vence, porque los ejércitos de Dios no son vencidos: su Iglesia nos acaudilla, su nombre nos defiende; lágrimas y oraciones de los fieles es la municion que nos fortalece: delante teneis la cizaña de nuestra paz, los ladrones del Imperio, los tiranos de la libertad de Alemania. Os tray estos la Providencia divina no á ser vencidos, sino á ser justiciados. Aun no merece esta voz la ruina de quitar la libertad al Imperio y á los electores.

»Clama el conde Palatino que se continúe en la casa serenísima de Austria la corona cesárea; que merecida de nuevo por cada sucesor, es conveniencia de la dignidad imperial durar en este reconocimiento.

»Tiranía llama el perseverar en el acierto, ser la eleccion constante, no esclava; y llama ley perseverante, y libertad, y costumbre sagrada y paterna, fabricarse reinos y reducir á un voto, y ese suyo y para sí, la corona de Bohemia; profanar los templos, despreciar los sacramentos de la religion heredada y que ya es patrimonio de nuestras almas: y con nombre postizo de restaurador, disfraza el de novelero.

»De la silla en Alemania quiere echar al apóstol san Pedro para sentar en ella á Calvino. ¿Puédese consentir que pequeña y vil parte de bohemios, traidores, y confederados y seducidos, presuman quitar el Imperio á quien le posee y quien le merece, y dársele á quien le desautoriza y arrebata? Los sediciosos, inobedientes, excremento del ocio, persuadidos de la licencia desordenada, precipitados de discordias forasteras, que procuran ántes venganzas que mejoras, ¿han de osar contra la sacrosanta religion romana y contra su verdad sola y eterna, amenazando la libertad de las almas y de los cuerpos; y que el conde Palatino, que ha pisado entre vuestra sangre la de Cristo, pretenda por estos sacrilegios ser ungido y no penitenciado?

»El Imperio pretende: los medios más son de robo que de negociacion. Coronar quiere una hidra: por césar quiere que tengamos la bestia de siete cabezas. ¿Cómo podrá una corona abrazar juntos luteranos, protestantes, calvinistas, hugonotes reformados, y otros mil sectarios y legisladores, entre los cuales no ha de dar el primer lugar á nadie el Gran Señor; y á intercesion de sus fuerzas y poder, Mahoma pretenderá los templos por mezquitas?

»Ea, alemanes: causa es de la fe; inquisidores sois, no soldados; tribunal es este, no ejército. Unidos sobran nuestras fuerzas á la conservacion de nuestra paz y amistad; y los desechos de nuestras multitudes y grandes poblaciones socorren todos los príncipes de Europa. Si la division nos aparta y las guerras civiles nos embarazan, los que somos admiracion del mundo serémos espectáculo, y escándalo y venganza á nuestros enemigos, y la mayor parte de nuestra propia ruina. Parte nuestra es la que vamos á cortar, sangre propia derramarémos hoy; mas esta batalla, por guarecer dolencia de todo el Imperio, semblantes tiene ántes de medicina que de batalla: cura es sangrienta, pero provechosa. La piedad será delincuente contra la salud; el rigor, bien intencionado: en vuestras manos teneis el antídoto destos contagios. Ellos se buscaron la ocasion de perderse: no la perdais vosotros de castigarlos.»

Esto dijo, cuando con un cristo en las manos llegó un fraile carmelita descalzo de Calatayud (*a*), á quien su santidad inviaba de Roma á traer al Duque una espada del Espíritu Santo. Diósela al Duque diciendo: «Esta espada, rayo de la Iglesia, templada con bendiciones de su pastor, ha de acompañar esos deseos. Revístase vuestra alteza en el serafin que guardó la puerta del paraíso y echó dél los inobedientes, imitando esta hazaña con la Iglesia Católica y los herejes. Hoy es dia de Todos los Santos (*b*): á socorrer se han juntado su causa. Vuestra alteza dé la batalla, que en pocas horas tendrá la victoria.»

Tanto se encendió el corazon del Duque en ardimiento santo, que entre estas palabras y el embestir con las trincheras y artillería, aun no cupo la aclamacion. Y así el mismo dia 8 de noviembre, con milagroso valor, desempeñando la promesa de su santidad, rompió el campo del Palatino con pérdida de muchos y los mejores, siguiendo el alcance con grande valor los cosacos y polacos. No pudo la herida, aunque muy considerable, retirar al conde de Bucuoy (*c*), que en un coche húngaro se hizo llevar, animando sus valones con la espada en la mano. Entre prisioneros y muertos fuéron más de diez mil: muchos títulos y barones y capitanes, y entre ellos el mayorazgo del príncipe Cristian de Anhalt, general del Palatino. Ganóse la artillería, todo el bagaje, más de ochenta cornetas; y de los imperiales no murieron mil.

El conde Palatino al tiempo de la batalla se halló en el castillo de la ciudad; y cuando la fuga de los suyos le trujo la nueva de la rota, por ostentar su incredulidad en todo, la dudó de manera que se puso á caballo y partió á verificar sus presunciones; durando en este desacuerdo hasta que le embarazaron los galopes sus capitanes, con cuyas personas huyendo el miedo daba en la cara á su caballo. Tarde desengañado, cobrando su mujer y los que más pudo de su séquito, se retiró miserablemente hácia la provincia de Silesia, dejando en el castillo grande tesoro, y mayor temor en todos los de la ciudad; que toda la noche los mal seguros y que temian los méritos de su obstinacion, secretamente se aseguraron en los lugares circunvecinos. Los demas de la ciudad, temiendo la prosecucion de la vitoria, y el ejército alentado con el suceso y el despejo, el dia siguiente á 9 se entregaron al Duque, sin alcanzar condicion que les ennobleciese la pérdida, sino á merced del Duque. Tomó la posesion de Praga á 11, y lo primero restituyó los templos con reparos y sacrificios, desterrando los calvinistas de todo el reino, como á movedores desta guerra. En 12 y 13 tomó juramento á las ciudades por la fidelidad debida al Emperador. Aseguraron el juramento, entregando originales las confederaciones con otros príncipes. Lo propio hicieron las plazas fuertes de Neuhaus, Tabor y otras. Acompañó este suceso el duque de Sajonia con tomar juramento á toda la Lusacia, partiendo para reducir la Silesia; y esta ejecucion entre-

(*a*) Fray Domingo de Jesus María.

(*b*) Quiere decir que en su octava emprendian una hazaña que tanto redundaba en pro de la Iglesia Católica. La célebre victoria de Praga fué el 8 de noviembre de 1620.

(*c*) Fué herido en Raconitz; y viniendo á las puertas de la muerte á fin de noviembre, recobró la salud contra el fallo de los físicos, para acabar la vida entre las lanzas enemigas en el sitio de Neuheusel, el 10 de julio del año siguiente de 1621.

tuvo la mala condicion del invierno en aquellas partes.

El duque de Baviera salió de Praga y se fué á invernar á Monaco (*a*) su corte, dejando en Bohemia, en tanto que el Emperador ordenaba otra cosa, por gobernador el príncipe don Cárlos Lichtenstein, y al conde de Bucuoy, generalísimo de todos los ejércitos, con órden se encaminase á los confines de Moravia y Silesia, para obligarles á la obediencia cesárea. El Conde supo obedecer tan bien, que le pidieron tregua para inviar embajadores á suplicar al Emperador los perdonase.

Los de Silesia no pudieron hacer lo mesmo, por haberse el Palatino retirado á ella, infestándolos con ruegos medrosos y desesperados, y procurando con promesas desacreditadas y esfuerzos aciagos, que repitiesen la inobediencia y duplicasen el castigo. Oíanle con cautela que no recataba la sospecha del vencimiento y la malicia de la pretension. Y con ser estrechas las obligaciones de Bethlehem Gabor, y estar empeñado en la asistencia al Palatino, luego que supo la victoria se concertó con la fortuna, y negó el parentesco al desdichado, y se retiró de la Austria á la ciudad de Tirnavia de Hungría; y por aplaudir al vencedor con adulacion, saqueó de camino y robó muchos lugares de los húngaros que le llamaron; y abrigado con este insulto invió á pedir salvoconducto para poder por embajadores tratar de reconciliarse con el Emperador. Aquí se conoce cuántos reveses sirvieron de alas al atrevimiento, de esfuerzo á la traicion; cuán espléndida asistencia tiene la temeridad, y cuán pobre séquito la ruina; qué de caras ve la victoria, cuyas espaldas acechan el vencimiento, apercibidas á mudar los semblantes que la fortuna les mandare.

Este fin tuvieron los disinios del conde Palatino (*b*), que se halló más sospechoso de la disimulacion de los que le acompañaban, que del arrepentimiento de los que se retiraron á la obediencia de la fortuna.

DON GONZALO DE CÓRDOBA (*c*).

No solo al conde Palatino le fué mentirosa la fortuna y desagradecido el atrevimiento, mas afrentosamente le persiguió con sucesos desaliñados; pues lo más honesto de su vencimiento fué la fuga, tan sin eleccion y providencia, que perdió la jarretera, dando motivo á que escribiesen contra él plumas ejecutivas donaires de más rigor que las espadas y armas enemigas. Reducido á tan miserable estado, poniendo buen nombre á la desesperacion, y componiendo el semblante no con el sentimiento sino con la necesidad, procuró mezclar en sus odios diferentes príncipes, cuando apénas podia entretener los que le eran sujetos. Asistióle, con obstinacion que le imitaba, el conde Arnesto de Mansfelt, persuadido de su intencion ántes que de su correspondencia.

Este bastardo y el obispo de Halberstad, llamado el Luterano, se juntaron para lograr disinios de diversion forzosa, que se destinaron bien y se lograron mal; y para esto dió intencion de concertarse con el rey de Francia. Propuso partidos al duque de Nivers por medio del de Bullon, que mañosamente entretenia los tratados, como persona plática y que siempre ha fiado más de su artificio que de su poder. Supo alargar este los conciertos hasta que Mansfelt rehizo en la Mosela su ejército casi deshecho, y dando esperanzas, recibia mantenimientos, mansiones y socorros del duque de Bullon, y de la villa de Mouzon y otros lugares de Francia.

Con esto se partió, dando á entender que no se movia con otra órden que la del rey Cristianísimo, y esto con palabras dudosas, asomando esta proposicion á los peligros del paso para allanarle. Muriósele mucha gente en el camino, y no pequeña cantidad le mataron las desórdenes y el ímpetu destos villanos del contorno de Dampvillers, á cuya vista pasó á 28 de agosto (*d*), habiendo cometido grandes delitos, haciendo robos dictados de su bastardía, y sacrilegios aconsejados de su opinion, y con mayor violencia en las aldeas del obispado de Verdun.

Don Gonzalo de Córdoba, hijo del duque de Sessa, nieto del Gran Capitan (en cuyas hazañas se equivocan el nombre y el blason, y en edad en que el mundo se contentara con esperanzas, le maravilla con sus celos y victorias de Mansfelt), previniendo los peligros disimulados, se alojó con su ejército entre Iboix y la Frette, lugares de Lutzenburg, atalayando los movimientos del enemigo, que, desarrebozando su pretension, y desengañando los franceses, pasó sin resistencia el rio, y á 26 de agosto entró en el condado de Henao por la parte de Avesnas y el paso que llaman de Feron (*c*), rompiendo

(*a*) Munich.

(*b*) Friderico. Indigno (dice Enrico Caterino Dávila) de ser elegido por votos al reino, pues cuando en la campaña se meneaban las manos en su favor, estaba él entretenido en Praga en comedias y saraos entre mujeres; y puestos en ordenanza los escuadrones se retiró á la ciudad, debajo de cuyos muros se trataba de los intereses palatinos, de la corona de Bohemia y del imperio de Occidente.

(*c*) El héroe de Florus. Hízole memorable esta batalla, ganada en territorio del condado de Naamur, el lúnes 29 de agosto de 1622, al romper el dia, despues de una tempestuosa noche. La pluma de Quevedo no podia permanecer muda en suceso tan feliz, que la Talía española ensalzó en el teatro, y realzó la pintura con hermoso monumento.

Lope de Vega trazó, á fines de setiembre, é hizo representar una comedia, lozanamente escrita y muy ceñida á los acontecimientos; pero, como obra de circunstancias, no de un mérito sobresaliente. Lleva por título: *De la mayor vitoria de Alemania de don Gonzalo de Córdoba.* Se imprimió con lastimosas erratas, especialmente en los nombres geográficos; y púsole cabo afirmando que:

No cesan jamas	Que dieron con dicha eterna
En la gran casa de Sessa	Reinos al rey de Castilla,
Las bien heredadas armas,	Y agora vitorias nuevas.

El florentin Vicencio Carducho, á quien tanto deben las artes españolas, fué el pintor de esta batalla, en 1634. Puso á la derecha, en primer término, sobre un brioso alazan, al maese de campo don Gonzalo; pero retratándole doce años despues de la accion, privó á su lienzo del realce que le hubieran dado los floridos abriles del vencedor. Admira la noble expresion de la fisonomía, y manifiesta lo muy parecido del retrato, recordando el tono de todo el cuadro, la maravillosa inimitable verdad de don Diego Velazquez.

Estuvo en lo antiguo en el salon de los Reyes del Buen Retiro, y hoy se encuentra en el de la izquierda del real museo de Pintura y Escultura de su majestad.

Carducho, mejor pintor que gramático, suscribió su lienzo con esta inscripcion:

VICTORIAM IVXTA FLORV, ANNO
CIↃ, IↃC, XXII, AD. GVNDIZALVO DE
CORDOVA OBTENTAM, VICEN-
TIVS CARDVCHI REGIÆ MAIESTA
TIS PICTOR, ANNO DVODECIMO ABEL-
LO CVRRENTE PINGEBAT.

(*d*) Debiera decir á 18.

(*e*) *Le trou de Feron.*